



VIDA Y CONCIENCIA

MANUEL SERRANO MARTÍNEZ



VIDA Y CONCIENCIA

MANUEL SERRANO MARTÍNEZ

VIDA Y CONCIENCIA

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Gonzalo Nadal

Vida y conciencia
© Manuel Serrano Martínez, 2024
© Digital Reasons, 2024
Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons
Imagen: *Psyque abriendo la caja de oro*, de John William
Watherhouse.

ISBN (papel): 978-84-10093-07-2
D.L.: M-35500-2023
ISBN (digital): 978-84-10093-08-9

Ficha bibliográfica: Serrano Martínez, Manuel (2024): *Vida y conciencia*. Madrid, Digital Reasons.

Imprime: Podiprint.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción	7
---------------------------	----------

Conciencia del mundo.....	13
----------------------------------	-----------

La materia y la vida	13
----------------------------	----

La relación consciente.....	25
-----------------------------	----

Certezas y evidencias	36
-----------------------------	----

La expresión humana	50
---------------------------	----

Conciencia de mí	59
-------------------------------	-----------

¿Quién soy yo?.....	59
---------------------	----

Historicidad y memoria.....	71
-----------------------------	----

Sentimientos, emociones y amor.....	84
-------------------------------------	----

Conciencia de ser	95
--------------------------------	-----------

Libertad	95
----------------	----

Intuición.....	103
----------------	-----

Conciencia de vivir	116
---------------------------	-----

Introducción

Las preguntas que a veces nos hacemos sobre qué es una persona, es decir, la entidad real de un sujeto, sea por ejemplo yo mismo, exigen respuestas, que acaban siendo referidas a aquello que tenemos en común todos los seres humanos como componentes individuales de una especie diferenciada de las demás especies. Si en este proceso, yo me contentara con el descubrimiento de la razón, como si esto fuera todo, siendo válida esta respuesta a la pregunta inicial, apenas llega a satisfacer mi curiosidad. Cualquiera de nosotros damos por supuesto que tenemos un algo misterioso, como si fuera un principio específico de nuestra especie, que equipara a los humanos entre sí y los distingue de los otros seres vivos. Pero no sabemos qué es. Porque la vida por sí misma ya es misteriosa. Nadie la entiende a fondo y nadie puede explicarla. Y tampoco sabemos qué representamos como colectivo humano en el desarrollo de la naturaleza. Quizá figuramos como el final del proceso evolutivo universal que nos ha llevado a ser lo que somos como seres humanos. La evolución universal dio comienzo verdaderamente con la aparición de las primeras partículas de la materia, y pensamos, no parece que ilusamente, que acaba en el hombre como ser distintivamente superior a los demás seres vivos. El recorrido necesario ha sido extraordinariamente dilatado en el tiempo y no se sabe claramente para qué. En definitiva, y como respuesta a la pregunta principal de esta investigación, quisiera ayudar a definir cuál es la propiedad que en el ser humano –*Homo sapiens sapiens*– se encuentra instalada específicamente y le impulsa a constituirse como director y dominador de todo lo natural. ¿Qué somos realmente?

Se han establecido discusiones sobre la naturaleza del hombre como especie, empezando por Aristóteles, que lo identifica como un *zôon politikon* o *zôon logon ekhon*, es decir, un animal social capaz de pensar, en traducción más o menos libre. Otros lo identifican, convencidos, como un espíritu encarnado, es decir, dando más énfasis a lo inmaterial de su esencia que subyace a una forma corporal. Todo depende de la afinidad del filósofo ocupado en estos temas por ideas más o menos naturalistas o más bien trascendentes de la existencia humana. Pero las opiniones no establecen evidencias. Como veremos, el ser humano constituye una sorprendente e indiscutible fusión de capacidades. La naturaleza humana podría definirse por la capacidad de desear, y llegar a desear tanto que nada puede llenar ese deseo por el que todos parece que aspiramos a un infinito o absoluto inentendible, al que generalmente renunciamos por resistencia o espanto, y más en el tiempo reciente. Sería apropiado denominar *desideratum* a esta irrefragable tendencia referida al fin del hombre, a la ideal culminación de su capacidad natural, como necesidad implícita en nuestra existencia y que dotaría de sentido a las acciones humanas. Pero esto debería demostrarse antes de ser aceptado como explicación de la diferencia del ser humano con todos los demás vivientes.

Desde la era hipocrática, hace ya un periodo nada desdeñable de veinticinco siglos, el cerebro animal es considerado como el órgano que rige toda la actividad vital, y actúa como mensajero e intérprete, esto es: como el centro de recepción sensorial y a la vez traductor del significado de la realidad, de la cual trata de extraer aquella utilidad o verdad con la que los seres vivos se relacionan. La función superior cerebral, el pensamiento, se dirige siempre hacia la verdad.

Las cualidades y particularidades psiconeurológicas del ser humano le convierten, en una síntesis de poca finura intelectual, sujeto y objeto de observación. Y es poco pulcra esta síntesis porque el ser humano no se puede identificar objetivamente a sí mismo, sino solamente como sujeto. El misterioso concepto del yo es anterior al sujeto, no es por lo tanto sustantivable. Por consiguiente, los parámetros con los que puede compararse están dentro de sí mismo y por ello no puede definir nada objetivo sobre su yo particular. Concluimos por fin que solamente cada uno puede intentar averiguar, sin llegar nunca al fondo, cuál es la naturaleza de su propio ser y, no importa cuántas teorías u opiniones se viertan en relación con esta incógnita, podría intentar generalizar el resultado de su autoindagación a toda la raza humana mediante una extrapolación lógica.

Cuando encuentro en mi humanidad una irresistible atracción natural hacia la verdad, considero que ese mismo impulso debe estar también presente en el resto de los componentes de la especie humana, y es así porque compruebo que nadie busca como fin de su vida la falsedad o la mentira, sino lo verdadero, o al menos lo transitoriamente útil tomado por verdad. Por muy distraído que esté yo, por muchas cosas que tenga en mi vida o esté apegado a mi propia figura en el mundo, experimento «sobresaltos íntimos» cada vez que encuentro algo que me impacta por su belleza o por su bondad, e inmediatamente me planteo si pudiera representar a la verdad o no y cuál es el origen de esa atracción, de qué lugar de mi persona nace. El hombre conquistado por la externalidad es el hombre fenomenológico, pero el hombre sorprendido y ganado por la belleza revela una afinidad inexplicable a su *desideratum*. Esta misteriosa disyuntiva, ser de una u otra manera solamente podría explicarse mediante la afirmación de una cualidad que constituiría el núcleo de la persona humana. Con toda

licitud llamo a esta cualidad autoconciencia, origen del inquieto interés por conocer y conocerse. Lo más profundo de nuestro interior, sentido como existencia personal.

Aquello que observamos en nosotros y en nuestro alrededor que nos asombra, como una cosa portentosa y extraordinaria, es la propia vida. En ella se intenta penetrar con la maravillosa capacidad de pensar para considerar lo que la vida es, y lo que son en sí mismas las cosas que nos rodean. Es decir: el mundo, el yo y el ser. Y los modos posibles de ocultarse de la verdad pueden ser: el desinterés por la realidad del mundo circundante dándola por supuesta; ausencia de la visión de uno mismo como portador de autoconciencia; o el abandono de la pregunta de qué es lo que sostiene la entidad de las cosas.

Cuesta mucho, yo diría que es imposible, considerar a la persona exclusivamente como un conjunto, más o menos ordenado de propiedades físicas e intelectivas relacionadas entre sí, carente de una dirección. Esto me ha llevado a preguntarme cuál de estas propiedades, si hay alguna, puede ser considerada la más específica de lo humano, la que da unidad a la persona. En mi parecer tiene que existir un director de orquesta que gobierne el conjunto y que lo defina. La complejidad de la tensión vital en los seres vivos parece un intrincado nudo que no puede deshacerse sin aceptar un principio misterioso. Más aún, en las incógnitas contenidas en la consideración del ser humano se intuye un enigma que estimula un impulso inevitable hacia la investigación de qué cosa somos. La hipótesis que propongo es que el director de todo el conjunto debe ser lo que llamamos «conciencia».

Es oportuno, para investigar en el propósito de este estudio, analizar, aunque sea someramente, cuáles son los procesos básicos que conducen las actuaciones hu-

manas. El camino que se debe proponer es la investigación de qué cosa es la conciencia en los seres vivos, y la relación de esa facultad con la inteligencia y la razón, con la libertad y la memoria, y determinar si la conciencia es capaz de definir al ser humano como unidad ontológica. A través de los contenidos de esa conciencia cobrarían las vivencias su verdadera entidad. La empresa de caracterizarla es a la que me dedicaré en este trabajo.

A la conciencia la concibo como una asistente sencilla y simple, aunque imprescindible, con la que se contacta con el exterior del ser vivo. Esta expresión quiere representar, en los humanos, el núcleo de la persona a donde llegan las informaciones sensoriales y también, cuando está abierto y receptivo, los sentimientos y juicios que se despiertan ante esa realidad, donde se eligen las acciones y se intuye el significado último de la relación de las cosas con el propio yo.

La conciencia sería lo que permite caer en la cuenta de la verdad de la existencia y también el principio de las acciones de todos los seres vivos. Por eso debemos tratar de tres vertientes de esa verdad, que en sí misma contiene primero la conciencia de la realidad del «mundo» en la que nos movemos como el terreno de las circunstancias propias; en segundo lugar, la contemplación de uno mismo, es decir, del «yo» como sujeto, donde radican las capacidades necesarias para enfrentarse a la vida; y, por último, la conciencia de aquello que es por sí o causado por otro, o sea, lo que llamamos «ser», es decir, la profundidad del sentido o significado de la existencia. He elegido este orden para ir desde la conciencia del exterior sensible hacia el interior no visible que se relaciona con lo real como objeto más puro de la conciencia, origen y finalidad de la acción humana.

Seguramente debo terminar esta introducción declarando que lo habitual es que cuando alguien escribe sobre las respuestas que suscitan sus propias preguntas íntimas no puede prescindir de las creencias constitutivas del receptáculo de sus pensamientos, donde estos cobran peso. Por eso quiero poner en claro que allí donde me enfrente al misterio de lo impalpable mostraré que hay una red que me impide caer al vacío del escepticismo, aunque solamente cuando piense que es necesario para explicarme. Sin embargo, el hecho de que yo tenga una fe concreta, una certeza que ha cobrado fuerza con el tiempo, y que ocasionalmente deba exponerla en relación con los temas que voy a tratar aquí con respecto a la persona humana, no quiere decir que yo intente transmitir mis convicciones. Puede ser únicamente un tema de reflexión para el lector. Eso sería lo más adecuado, como lo es para mí el que haya otros sistemas de pensamiento que me hagan considerar puntos de vista distintos a los míos para la explicación de aquellos temas que son menos evidentes para la razón.

Conciencia del mundo

La materia y la vida

La conciencia asienta sobre la vida. En cierto modo, hay una equivalencia entre vida y conciencia como iremos viendo. Es preciso observar un ser animado para intuir que, de algún misterioso modo, «sabe lo que hace». Y llamo conciencia a esa cualidad inmanente en un organismo vivo a través de la cual contacta íntimamente con el exterior. La realidad es la contrapartida de la conciencia. Ambas se complementan polarmente, entre ambas se elabora la vida activa. Los seres que en primer lugar se sienten vivos encuentran fuera de sí mismos la realidad segunda, derivada de la materia exterior, a la que se dirigen y de ella se sirven para progresar (alimentarse, respirar, trasladarse, reproducirse) en cualquiera de los modos en que usemos esa expresión y en cualquiera de los significados que demos al término «progresar». En cuanto la célula procariota, en su progreso a eucariota, adquiere una autonomía funcional, puede hacer dos cosas: o bien inicia formas unicelulares ancladas a lo inerte, de lo cual se sirven, como vida vegetal más o menos rígida e inmóvil, como hacen las algas, que reciben luz solar y así obtienen la energía derivada de la fotosíntesis, o bien, como en las primeras amebas que se alimentan y dividen gracias a su membrana flexible, o protozoos flagelados autopropulsados para buscar su sustento y así mantenerse y poderse reproducir. Es decir, el movimiento hace que el ser se mantenga y se dirija a la realidad.

Esta relación del ser animado con la realidad primordial encaminada al progreso como finalidad es consecuencia de que la vida orgánica toma asiento en la

materia y ventaja sobre lo inerte. No digo que la vida derive de la materia mecánicamente, sino que toma asiento sobre ella. La vida está sustentada por la materia, pero el comienzo del dinamismo necesario para su automantenimiento tiene mucho de ignoto. Es misterioso en su origen y en su dominio de la materia. Todo el mundo sensible tiene su origen físico en la materia, aunque no sea la materia su causa. Es decir, desde el primer momento, todo lo existente en el universo tuvo su principio en lo que llamamos «creación», que originalmente lo fue de la energía y, como consecuencia, de la materia. La afirmación intuitiva de la existencia de un mundo material eterno no se puede mantener ni lógicamente ni científicamente. Se trata más bien de una opinión por conveniencia de alguna idea previa, prejuicio por lo tanto.

Los físicos han determinado que el primer acto de donde proviene la materia estuvo constituido por un «brote» de una inmensa, «infinita», energía, y de ésta se originan las primeras partículas portadoras de una nueva propiedad que se llama masa, en donde asienta ya la materia. Son esas las primeras partículas elementales que dan lugar a los átomos, y de estos provienen las moléculas como consecuencia de combinaciones indiscriminadas de todos los átomos entre sí. Estas reacciones suceden en lo inerte primordial, incapaz de automantenerse por un automatismo físicoquímico inmanente, depende de reacciones químicas ciegas. Unas moléculas son estables y otras no, mientras que otras combinaciones son imposibles. Así, vienen a formarse los distintos compuestos, simples unos, complejos otros, que dan lugar objetivamente al conjunto de cuerpos materiales que llamamos universo. Pero sucede que en esta recombinación atómica espontánea original empiezan a formarse ciertas moléculas que son iguales a las que observamos hoy en el dinamismo reproductivo fisioló-

gico de los seres vivos. Y esto llama la atención y suscita preguntas. ¿Cómo esos compuestos atómicos llegan a adoptar un comportamiento dinámico replicándose en moléculas idénticas a las primeras y también modificándose con una tensión y sentido autoperfeccionante a lo largo de toda la historia natural? Lo que inicialmente era inerte se convirtió en orgánico, es decir, cobró vida, formó organismos con una nueva propiedad de autonomía que conocemos por las investigaciones en fisiología, se sometió a las reglas de la evolución progresiva en capacidades y continuó propagándose hasta hoy en todos los seres vivos que observamos, con una dirección en la que el caos y el azar están ausentes porque el cambio evolutivo apunta a la perfección.

Intentemos definir la vida. Tarea imposible, me parece, si pretendemos incluir en tal definición a su causa física y a su propiedad de propagación indeterminada. Nos aproximamos a ella a través de descripciones, pero su verdadera naturaleza es secreta. La vida se puede describir físicamente como el conjunto de movimientos atómicos y moleculares automantenidos, de naturaleza fisicoquímica y sujetos a «sistemas orgánicos» mediante un dinamismo intrínseco y autónomo. Entendemos por sistema al conjunto de moléculas y funciones fisiológicas que relacionándose entre sí tienen una común finalidad, y por orgánico lo que está formado por átomos de carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, fósforo y azufre. Lo orgánico, haciéndose progresivamente más complejo, ha dado lugar a organismos (sistemas de sistemas) capaces de individualizarse en la naturaleza.

Estos sistemas u organismos, como decimos, son capaces de automantenerse, aunque no de iniciarse a sí mismos, mediante señales simples de información estimulante o represiva de los fenómenos fisicoquímicos vitales (solo abordables como fenómenos observables y descriptibles), o bien a través de mecanismos más

complejos de retroalimentación positiva o negativa de las funciones fisiológicas. Estos fenómenos observables en los seres vivos expresan la forma más básica de la vida, un movimiento interno del ser vivo que forma parte del núcleo de su existencia, esto es: un esbozo de su conciencia.

Ciertos pensadores que siguen las teorías del mecanicismo contemporáneo aplican términos propios de la informatización, por analogía de los mecanismos artificiales ligados a las máquinas a los procesos orgánicos que en verdad mantienen y son parte la vida. De ese modo queda esta reducida conceptualmente cuando hacen recaer únicamente en estas señales y movimientos la materialidad de lo vital, donde no caben estructuras que soporten la conciencia. Las máquinas soportan en realidad movimientos mecánicos que el hombre ha puesto en marcha con la ayuda de una fuente de energía. Sería como afirmar que el proceso matemático o fisicoquímico que subyace a la capacidad lógica es en sí todo el fundamento de la vida intelectual como en la inteligencia artificial. Incluso se ha esbozado la idea de una mente modular, con módulos interconectados como el *hardware* de un ordenador. La conclusión que uno extrae de estas hipótesis es que se dirigen intencionalmente a mecanizar la vida y por lo tanto también a automatizar al ser humano, y son solo producto de una concepción naturalista del intelecto. Los científicos de la psicología no pueden tolerar la posibilidad de que algo se escape a su control. Se confunde así la conciencia, propiedad vital que relaciona al ser animado con su entorno, y que nadie ha conseguido estudiar, con la ciencia psicológica positiva que se ocupa de mediciones y objetivación de los movimientos reactivos e instintivos que nacen de la inteligencia y la razón. Estas tendencias del pensamiento contemporáneo han sido objeto de análisis por Siri Hustvedt en *Los espejismos de la cer-*

teza. En dicha obra se analizan las opiniones y conclusiones de muy diversos autores contemporáneos, muchos de los cuales tienen por principio confesado de sus estudios la exclusión de Dios y lo sobrenatural del horizonte humano.

En seres vivos no humanos, el mecanismo funcional del sistema nervioso cuando menos evolucionado se encuentre más cibernético es su comportamiento, más mecánico e «informatizado», y cuanto más evolucionado sea el ser vivo más participación en la conducta tiene la propiedad que llamamos aprendizaje. Así, un insecto, con comportamiento complejo, actúa siempre del mismo modo, marcadamente mecánico y estereotipado. En primates la conducta es menos predecible pero encaminada siempre, sin excepción, a la conservación propia y de la especie. Sin embargo, en el ser humano no hay posibilidad de predecir la respuesta ante un estímulo, porque posee una propiedad que determina dicha impredecibilidad, que es la libertad de escoger privadamente la conducta.

Es lógico que el desarrollo de la computación sea un fruto de la mente humana, porque aquella es concebida como un turbio espejo de su propio modo de funcionar. El sistema nervioso lo hace a través de conexiones sinápticas en las que las señales producidas por la liberación de mediadores químicos y por los fenómenos bioeléctricos que establecen reacciones entre las células nerviosas de circuitos funcionales. Es evidente, sin embargo —y esto no puede ser contestado argumentativamente por los biólogos evolucionistas—, el hecho de que la «computación» de la mente humana permanece siempre libre para emitir una respuesta o no, y en el caso de que sí lo haga puede elegir entre una acción u otras. Aún no se conoce el modo de conseguir, y dudo mucho de que se consiga, que la computación informática permanezca autónoma a toda

influencia programática o que responda de una forma imprevisible para el observador. Y que además lo haga siguiendo una pauta de conducta coherente con la moralidad en las decisiones, por ejemplo. Dado que la ética objetiva es reductible a principios definidos, podría ser que la computación artificial siguiera tal pauta ética, pero exenta de libertad. Toda la información que tiene una máquina «autónoma» le ha sido proporcionada por un programador, directa o indirectamente. De alguna forma, la máquina adopta el papel de un esclavo dotado de una cierta inteligencia en el sentido operacional, aunque no emocional. En cambio, sí hay señales de que ciertos comportamientos humanos están libres de toda influencia material, por ejemplo, la contemplación interior. La respuesta a un estímulo sensorial puede ser estereotipada en el hombre inteligente, pero en la resolución de problemas complejos revela una indeterminación absoluta en la conducta o decisión resultante.

Volviendo a la argumentación de lo vital que antes habíamos emprendido, la vía de explicar el origen de la vida a través de mecanismos conocidos no se puede defender consistentemente. No hay evidencia de que los componentes de estos sistemas orgánicos funcionales de información sean los que, ordenados, adquieran de pronto y espontáneamente por sí mismos ese dinamismo vital. No lo poseen, solamente lo soportan, no les pertenece, no les es propio; en definitiva, se escapa el concepto de la vida sin poder ser atrapado. Esta capacidad de poseer la vida por sí mismos, es decir, que un mecanismo autónomo surja espontáneamente de lo inerte, no ha podido ser observado aún, porque es producto de la evolución inicial de la materia molecular, muy lenta y ocultamente paulatina, de la naturaleza y del cosmos, hasta que una inteligencia primera dona el dinamismo autorreproductivo a la materia y el funcionalismo autónomo. Dado que hemos de reconocer forzo-

samente misteriosa la vida en su esencia, congruentemente también debe serlo su origen.

Por consiguiente, la cuestión sin una respuesta definitivamente satisfactoria en referencia a la vida es: ¿Cuál es el modo a través del cual en lo inerte surge una actividad dinámica? En otras palabras: ¿Es la vida una consecuencia inmediata de la naturaleza material creada? Como hemos dicho antes, los mecanicistas, atribuyen una cualidad de automatismo a la materia, como si por sí misma en ella surgiera espontáneamente el dinamismo, y el movimiento fisicoquímico funcional fuera una propiedad intrínseca e implícita en la materia. Otros, los vitalistas o finalistas suponen una causalidad inherente a la naturaleza inerte que aboca a la vida como evolución necesaria, y, por lo tanto, antes o después aparece inevitablemente. Ninguna de las dos corrientes de opinión tiene razones suficientes para defender estas hipótesis, las cuales no tienen asiento de evidencia empírica, ni aun de certeza razonable y confiable. Sin embargo, es verdad que en el impulso vital se intuye una finalidad, si bien el que este fuera inmanente a lo natural excluiría una causa eficiente que según Aristóteles es necesaria en todo movimiento o cambio. ¿Puede darse un movimiento incausado?

La vida trasciende más allá de estas teorías, son caminos demasiado fáciles, mecanicistas o vitalistas, automáticos y rectos para la enormemente exigente complejidad orgánica autónoma. ¿Se produjo en otras condiciones que no son las de la naturaleza actual o sencillamente hubo una causa natural que dio origen a la vida? Pero, entonces, aun en otras condiciones hipotéticas, ¿cuál fue ese origen de la vida? ¿Qué dio origen a lo autónomo que existe en la naturaleza? ¿Qué sostiene indefinidamente la realidad viva? La hipótesis más probable, aunque a muchos les resbale esta posibilidad, es que haya una voluntad o causa eficiente —un

querer— que, actuando sobre lo inerte, imprima un orden previamente inexistente e imprevisto. No conocemos ningún sistema de leyes funcionales que dominen de igual modo a lo pasivo y a lo activo. Son existencias separadas en reinos diferentes, aunque el materialismo apoye con fuerza esta idea de leyes comunes, matemáticamente explicadora de lo vital.

Entramos con ello en el terreno de las fuerzas invisibles que siempre hemos llamado divinas, porque nos falta otra explicación plausible y satisfactoria. Los hombres la han identificado con los dioses, es decir, con relatos míticos que explicaran el orden del universo y del mundo humano. Los mitos están presentes en todas las civilizaciones primitivas: escandinavas, griegas, mesopotámicas, romanas, andinas, etc. El origen de todo, la creación, ha sido una pregunta sin respuesta empírica. Y ese origen divino en el que los hombres confían, debe consistir razonablemente en el querer de un Ser que se revela a través de su acción creadora y establece su poder sobre lo real, que abarca todo lo que existe y a todo lo dirige a su fin, mediante el establecimiento de un orden impenetrable para la mente humana. De ese poder supranatural del que todo depende, proviene también el diseño de la extraordinaria estructura de esas concretas moléculas autorreplicantes que son los ácidos nucleicos portadores de los genes, capaces de establecer la interacción dinámica de las moléculas por ellos codificadas, que hacen y sostienen la vida autónoma la cual además precisa la obtención de la energía necesaria en la naturaleza, como se dirá más adelante. Esta propiedad —la vida, sea lo que la vida sea—, concedida a la materia «una sola vez» posiblemente, ha ido transmitiéndose y manteniéndose en la naturaleza durante centenares de millones de años, haciéndose adaptativa y evolutivamente más compleja hasta llegar a la vida humana racional. Es decir, hasta la vida que tiene la capaci-

dad de ser reflexiva, o sea, conscientemente consciente de sí misma, del mundo y de una mente creadora, con la potencia de albergar y soportar el don recibido de una *psyché* que dota al ser humano de inteligencia, razón, memoria, dirigidas por una autoconciencia, capaz de orientar en la naturaleza sus acciones elegidas por una voluntad libre.

Si, además de dar a estas consideraciones del origen de la vida el rango de realidad, curioseáramos en la composición y estructura espacial de las moléculas de la vida, como los ácidos nucleicos en los que reside la reproducción, por ejemplo, o en las proteínas funcionales ensambladas en las múltiples cadenas metabólicas dirigidas funcionalmente a obtener la energía que los seres vivos necesitan para su autonomía o a defenderse de las influencias nocivas, nos asaltarían la sorpresa y la estupefacción. La estructura espacial de las moléculas de la vida muestra en sí una inteligencia de máxima economía físicoquímica y una increíble repetibilidad estructural matemática, y, además, para completar la descripción, son portadoras en el organismo vivo de una funcionalidad intrínseca, mientras que estos compuestos de átomos por sí mismos, aislados en el laboratorio, son solo materia inerte o acaban siéndolo en un breve periodo de tiempo. Únicamente adquieren su imprescindible papel vital cuando están incluidos en un organismo vivo. Estas evidencias excluyen la posibilidad de un origen casual o azaroso de las moléculas que soportan la vida. Las probabilidades de su aparición y, sobre todo, de su ensamblaje dirigido a un trabajo en cadena, son infinitesimales, y esta ínfima probabilidad habría que dividirla, además, por el elevadísimo número de necesarios sistemas moleculares participantes en los organismos vivos. Si el orden funcional biológico dependiera exclusivamente de un sistema matemático, la investigación podría llegar a descubrimientos extraor-

dinarios. Pero la biología, expuesta permanentemente al desorden y al caos motivado por las variables influencias ambientales, no está sujeta a las leyes numéricas en su origen, solo se presta humildemente a la descripción matemática, analizar lo cual no es el propósito de estas líneas.

Toda vida acaba. Esta verdad se constituye en un frustrante elemento limitador de la teoría vitalista de que la vida depende primariamente del dinamismo de la materia para iniciarse y mantenerse. Ese dinamismo, que externamente parecía autónomamente establecido, se detiene y el ser vivo muere. ¿Qué es lo que, durante un tiempo, mantiene la vida en ese automatismo feliz? La muerte no es parte de la vida ni es consecuencia de ella, pero sucede como final de la existencia de todos los organismos vivos. Esta es la prueba de que la vida no parte mecánicamente de la materia, y tampoco está motivada por un dinamismo consecuente a una finalidad implícita en lo inerte. Aceptemos que hipotéticamente lo fuera en cualquiera de los dos supuestos. En tal caso la muerte no existiría, porque el mecanismo hipotético propio de la materia o la vitalidad supuestamente implícita en lo inerte serían suficientes para mantener a la materia en un funcionalismo inmanente. Sin embargo, la misma causa que dotó de dinamismo vital a lo inerte, lo dotó de una duración, y, a la vez, concedió a la naturaleza una capacidad de renovación que se mantiene, no por sí misma, sino que obedece a un principio rector dirigido a la nutrición y a la reproducción, ambas sujetas a una evolución perfeccionante.

Lo inerte se transforma en algo vivo sujetándose a determinadas condiciones naturales, pero el origen, lo que pone en marcha el dinamismo dirigido a su automantenimiento temporal, no ha sido identificado entre aquellas propiedades naturales que pueden ser observadas. Es decir, la vida que aparece en un determinado

momento cósmico es y será un misterio que la energía y la materia de la primera creación no explica. Es preciso admitir, al menos, que la materia inerte, para adquirir autonomía funcional, ha recibido un don. Aunque esto suponga un salto en el vacío, pienso como muchos otros que el dilema no tiene otra solución. Las condiciones de la tierra y de la atmósfera facilitaron sin duda el proceso, pero ¿cómo explicar que de la no-vida brote la vida? El mismo misterio reside en este dilema que en el de la aparición inicial de la materia. Y pienso que no se debe reducir la categoría de lo que es sublime a una opinión personal que lleva en sí misma, por definición, el temor del error.

Regresamos de nuevo al hilo inicial. La vida, una vez aparecida en la Tierra, se alimenta a sí misma y evoluciona como parte de la naturaleza siguiendo un orden preciso, como una escalera de la que todos los peldaños fueran indispensables. Aunque más exacto que comparar la evolución con una escalera sería hacerlo con una pendiente ascendente de menor a mayor complejidad. En efecto, una escalera refleja estados aislados por cada escalón, mientras el impulso o tensión de lo vivo no parece que se mueva a brotes o escalones, sino en un continuo en el tiempo, que representa la duración de la vida desde su aparición en la Tierra, como demostró Henri Bergson en *La evolución creadora*. Lo que sucede es que la inteligencia, posesión del ser humano, funciona estáticamente respecto al tiempo de la naturaleza y solo maneja estados aislados; y, por otra parte, la evolución, como ciencia, solamente puede conocer aquellos estados de la vida existentes hoy, bien establecidos y la relación entre ellos. El mecanismo de la inteligencia se ocupa de las relaciones estáticas entre seres vivos diferentes y trata a la evolución como compuesta de una sucesión de objetos como si fueran inertes, con una hipotética relación temporal entre sí, no

evidente por otra parte, aunque se deduce con sencillez de similitudes en las formas. El continuo evolutivo se escapa de la inteligencia, solo se intuye, es externo a la ciencia positiva. Solo por el espíritu puede el hombre aproximarse a la intuición de la tensión vital que entiende la continuidad de la evolución como duración. Lo veremos más adelante.

La materia, por sí sola, discontinua en lo extenso, se degrada en su forma y solamente se eleva cuando se incorpora al dinamismo vital de un ser vivo, es decir, se transforma en algo que no era ella originariamente, sino que viene a contribuir a un impulso continuo temporal ascendente, tal como es la vida.

Los vegetales se alimentan de lo inerte a través de las raíces que se hunden profundamente en la tierra, y obtienen la energía que les mantiene vivos mediante metabolismo de los cloroplastos, como resultado de la reacción clorofílica que requiere anhídrido carbónico de la atmósfera, y desprende oxígeno tras la absorción de la energía lumínica del sol. Estos son los elementos determinantes para el mantenimiento de la vida a partir del poder de la naturaleza creada: el sol y la materia inerte de la tierra, que explican la obtención de la energía y materia para la perpetuación de la vida en este planeta. Los vegetales alimentan a los animales y estos transforman los componentes de los tejidos vegetales en sus tejidos propios. Al mismo tiempo, absorben el oxígeno de la atmósfera, es decir, respiran y eliminan anhídrido carbónico de su metabolismo, que vuelve a los vegetales, igual que los componentes inertes de los cuerpos animales muertos alimentan de nuevo al reino vegetal. Es decir, ambos reinos, vegetal y animal, obtienen autónomamente la energía que precisan para su movimiento y actuaciones, y así, además, vegetales y animales se complementan en un equilibrio entre sí y con la atmósfera. Si existiera vida en otro lugar del

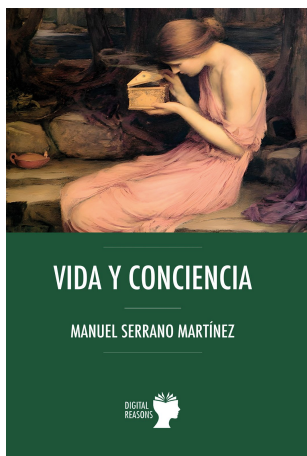
universo, la energía necesaria para sostenerla podría posiblemente extraerse por un mecanismo fisicoquímico absolutamente diverso, pero no se nos ocurre otro modo que el que conocemos por el que la energía podría tener un origen y uso diferentes, atados como estamos a las evidencias científicas que con el tiempo hemos descubierto en la Tierra y que nos parecen tan absolutamente perfectas.

Lo real está sustentado por una naturaleza viva, o inerte, que no es autónoma en su origen ni infinita, cuya materia ha sido creada, y en la que la vida es, se podría decir, un regalo donado a lo inerte. La pura existencia y el comportamiento de la naturaleza es la realidad primaria en la que se mueve el hombre. Y este, en sí mismo y en los sucesos externos, encuentra circunstancias con las que tiene que vivir. La fuerza incontrovertible de lo real llega así al único ser que conocemos capaz de hacer a toda esa realidad parte de sí mismo a través de su conciencia, atributo esencial de toda vida: el ser humano, es decir, el *Homo sapiens*. También lo hicieron con parecida intensidad todos los antecesores previos en el género *Homo*, como hace pensar lo que conocemos o intuimos de su actividad en el mundo a partir de los hallazgos arqueológicos. Los actos humanos en tal realidad están alumbrados por una clara orientación dirigida al propio mantenimiento del hombre en el mundo.

La relación consciente

La relación recíproca entre la realidad y el ser vivo conduce a la diferenciación esencial entre lo propio y lo externo en la vida evolucionada animal, aunque en cierto modo también referida al mundo vegetativo. Es decir, a establecer o definir con esa reciprocidad una conciencia en el ser vivo con la que pone en relación los dos ámbitos: lo interno y lo externo. Tanto en el sentido de

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Vida y conciencia*, de Manuel Serrano Martínez. El libro completo recorre, en cuatro grandes partes, qué es la conciencia y cómo define al ser humano: la conciencia del mundo, de uno mismo, del ser y del vivir.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/vida-y-conciencia

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Conciencia del mundo.** La materia y la vida, la relación consciente, certezas y evidencias, y la expresión humana.
- **Conciencia de mí.** ¿Quién soy yo?, historicidad y memoria, y sentimientos, emociones y amor.
- **Conciencia de ser.** La libertad y la intuición como vías para penetrar en el sentido profundo de la existencia.
- **Conciencia de vivir.** El cierre del recorrido: qué significa vivir conscientemente.

Una reflexión filosófica que invita al lector a pensar por sí mismo, sin imponer conclusiones.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-10093-07-2



Escanea para comprar